

Un gran chileno: Radomiro Tomic Romero

La ley 19.219, de mayo de 1993, autorizó que se erijan dos monumentos, uno en Valparaíso y otro en Calama, en memoria del distinguido hombre público, hoy fallecido, don Radomiro Tomic Romero.

Recordemos que entre los cargos más importantes que ocupó en su larga vida en defensa de la verdad y la justicia están los de diputado por el extremo norte, senador en dos oportunidades, la última por Valparaíso, embajador de Chile ante Estados Unidos, representante de Chile ante los organismos internacionales con sede en Ginebra, candidato a Presidente de la República en 1970.

Muchas leyes fueron el resultado de una privilegiada y creadora inteligencia. Entre ellas podemos recordar diversas normas jurídicas sobre el cobre, la que dio vida a Codelco y las que establecieron impuestos a las grandes compañías transnacionales. Y comenzó su lucha en este campo, logrando que Chile pudiera disponer del 20 por ciento de su producción cuprera no refinada para poder venderla libremente en el mercado internacional. Y lo vimos en los años 80 luchar como un león en contra del proyecto de lo que más tarde fue la ley minera.

La ley de juntas de vecinos, que permitió la organización del pueblo, también lleva su cuño. La creación de la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas en el año 1964, diseñada para incorporar efectivamente a la educación a los niños pobres, intelectualmente bien dotados, mantenerlos en el sistema educacional y permitirles alcanzar superiores niveles de acuerdo a sus capacidades y talentos. Esta misma ley hace que actualmente se entreguen millones de desayunos y almuerzos a escolares de todo el país. Esta fue también una ley de Tomic.

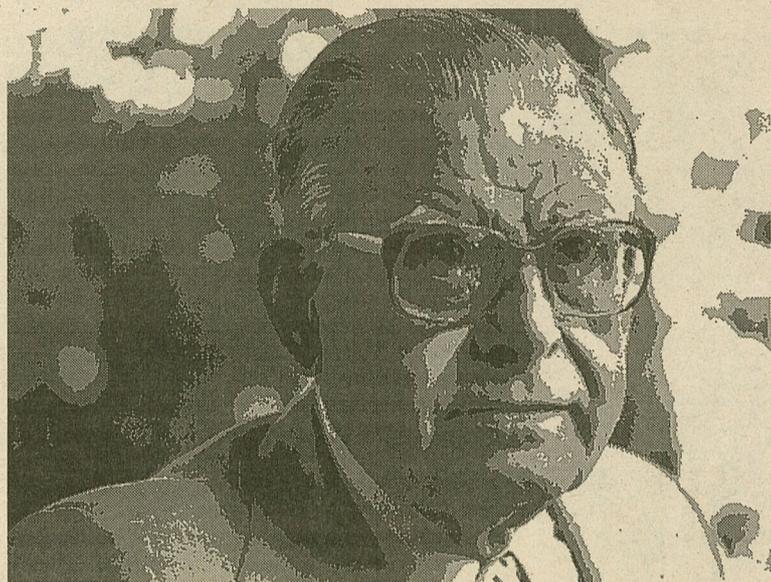
Recuerdo, como dirigente de la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), que fue suya la iniciativa que permitió dar inamovilidad a los funcionarios públicos de la administración 60 días antes de un proceso electoral.

Quienes por mandato de nuestras bases somos o hemos sido diri-

gentes gremiales, siempre encontramos en don Radomiro a un amigo que nos apoyaba en nuestras indicaciones. Así recuerdo que en los años 60, los dirigentes de la Asociación Nacional de Funcionarios de Prisiones le solicitamos que defendiera en el Senado el derecho

asunto a la luz de la legislación y de las estadísticas, que manejaba con gran facilidad. Dotado de una elocuencia inigualable, fue un gran maestro en el buen manejo del idioma, que muchas veces era una prosa poética en sus labios.

Enemigo de las injusticias, el



de los vigilantes de prisiones a recibir el pago de horas extraordinarias efectivamente trabajadas. Se le prohibía percibirlos. El probó con numerosos argumentos y cifras estadísticas que laboraban más de diez millones de horas extraordinarias cada año y que un gendarme en menos de diez años laboraba las mismas horas que hacía un funcionario común en 30 años de trabajo. Gracias a su valiosa intervención se ganó este derecho que aún está vigente.

Todo lo hacía con gran interés y responsabilidad, tomando cada asunto como cosa propia. Muy estudioso de cada problema, se documentaba a fondo sobre el mismo, lo que le permitía contestar con seguridad cualquier consulta o contrarrestar las más diversas críticas. Por ser un adalid en sus ideas, que se fueron anticipando a sus tiempos, muchas veces fue criticado e incomprendido. El tiempo, en cientos de ellas, le ha dado la razón.

Era un técnico en analizar cada

hambre y la miseria, no sólo de la que tenemos en Chile, sino que en América Latina y el mundo. Por su claridad prístina fue invitado para exponer su pensamiento en diversos foros internacionales. Siempre dejó muy bien puesto el nombre de Chile en todos ellos. En Ginebra fue el presidente de todos los representantes diplomáticos acreditados allí. Y para exponer a los delegados de los trabajadores que estaban allí, en una ocasión dio a conocer en cuatro idiomas sus puntos de vista.

Tenaz defensor de sus ideas, siempre fundamentaba sus más importantes planteamientos en alguna cita del Evangelio. Fue uno de los más brillantes paladines de su generación, que cubrió medio siglo de la política chilena con su cotidiano quehacer, buscando siempre justicia para el más pobre y para el pueblo chileno en general.

Su movimiento político, que comenzó a brotar en forma muy humilde y con muchos enemigos y tropiezos en el camino, fue poco a

poco abriéndose senderos en el corazón del pueblo. Tomic fue uno de los dos primeros parlamentarios de la Falange Nacional. El mundo sindical del extremo norte de Chile, de donde era parlamentario, fue el primero en comprender su mensaje de justicia social. Y así, a la vera de su figura y de su pensamiento, emergió una gran cantidad de dirigentes sindicales falangistas en la pampa nortina.

Estaba dotado de una sencillez inmensa y de un deseo de servir extraordinario. Señalaré algunos ejemplos, sólo algunos, de este rico filón de su personalidad, de los muchos que me tocó ser testigo en tantos años de lucha sindical y social.

A fines de los años 50, estando en la provincia de Magallanes con ocasión de la primera campaña presidencial de Eduardo Frei Montalva, y en vista de que en el comando magallánico nadie tenía un auto para movilizarlo, aceptó hacer el recorrido en un gran camión que era propiedad de un primo del suscrito, con todas las incomodidades consiguientes.

Durante el régimen militar, varias veces la ANEF requirió de su sabiduría para que nos diera charlas sobre diversas materias que él dominaba. Siempre estuvo allí con nosotros. Nunca nos falló. En una de estas ocasiones no se encontraba en Santiago. Estaba en Antofagasta. Su distinguida esposa nos preguntó "¿cuándo es la conferencia?". Le expusimos que era para el día siguiente. Pues bien, don Radomiro llegó desde el aeropuerto a la ANEF a dictar la charla.

En otra ocasión le pedimos que diera una conferencia sobre la ley minera a los alumnos de cuarto año medio de la Gratitud Nacional. Tocó un día de muy mal tiempo. A las 8 de la mañana estaba iniciando su charla.

En el año 1986, quien redacta estas líneas escribió un libro denunciando diversos abusos cometidos en contra de los trabajadores chilenos y sus organizaciones, llamado *1000 datos*. Le pedí que dijese unas palabras en el lanzamiento que se

hizo en la ANEF. Se lo solicité sólo el día anterior, pues la persona que se había comprometido se enfermó. Leyó el libro en menos de 24 horas e hizo una hermosa

síntesis del mismo en 40 minutos.

A fines de los años 50, habiéndonos organizado un grupo de universitarios magallánicos para luchar por la subdivisión de las tierras y por el término de un latifundio que era el mayor del planeta, en un Comité de Defensa de las Tierras Magallánicas que contaba con miles de ideas y antecedentes, pero con ningún centavo, y queriendo imprimir un boletín, le solicitamos su colaboración. El nos entregó un cheque e hizo lo posible para que saliera el boletín con planos y anexos. Digamos que esa lucha la ganamos en compañía de diversas organizaciones representativas de las fuerzas vivas de la provincia.

En la medianía del decenio de los 80 fuimos dirigentes de un Comité de Ayuda para don Clotario Blest, que se creó bajo el alero de la Vicaría de la Pastoral Obrera. Don Radomiro Tomic fue el primero de entre todos los políticos en remitir su colaboración.

Por lo mucho que hizo por Chile y su pueblo; por haber buscado siempre justicia para los desposeídos y la defensa del patrimonio nacional; por haber esparcido con brillantez por el mundo las verdades y esperanzas del pueblo chileno; por haber prestigiado el nombre de Chile en todos los foros internacionales; por su permanente testimonio cristiano; por tantas leyes que entregaron justicia y progreso, felicitamos al Congreso Nacional por haber dictado tan justa ley que permitirá que se levanten dos monumentos de recuerdo a don Radomiro.

Hacemos un llamado a todos los chilenos para entregar su generoso aporte mañana viernes, día en que se realizará la colecta establecida en la ley 19.219.

Hay una cuenta de ahorro abierta en el Banco del Estado de Chile, con el número 166055695, para este mismo fin.

Milenko Mihovilovic E. es presidente de la Asociación Nacional de Empleados Fiscales.

Operación Albania

ANDRES AYLWIN A.

El viernes recién pasado, unas cuatro mil personas repletaron la platea, galerías, pasillos y acceso del Teatro Cariola. La propaganda para el acto prácticamente no existió y el hecho no fue noticia para la televisión ni medios de comunicación masivos.

Las interrogantes son varias: ¿por qué se reunió esa multitud compuesta, en gran parte, por personas extremadamente jóvenes, en tiempos en que la inmensa mayoría de la gente pareciera no motivarse por nada? ¿Por qué se silenció este acto que congregó a tantas personas? ¿Es lícito para mí, que tengo esta columna, que es mi espacio de libertad, dejar de referirme a estos hechos?

La historia comenzó hace siete años, más concretamente el 15 de junio de 1987, cuando en un espacio de poco más de doce horas varios centenares de agentes de la CNI procedieron a asesinar fríamente a doce jóvenes pertenecientes al FPMP en un operativo perfectamente planificado y que se realizó en cinco lugares diferentes de Santiago. Fue la llamada Operación Albania.

Es cierto que se pretendió justificar este crimen masivo con el conocido pretexto de

"supuestos enfrentamientos"; pero contra esa versión surgieron fundadas expresiones de dudas, no sólo de la Comisión de Derechos Humanos y de la Federación de Estudiantes de Chile, sino que también del Colegio de Abogados, del Colegio de Ingenieros y de obispos de la Iglesia Católica. Sólo el ministro secretario general de Gobierno de la época defendió lo imposible.

Posteriormente, el Informe Rettig fue categórico: Recaredo Ignacio Valenzuela Pohorack, economista; Ricardo Acosta Castro, empleado; Juan Waldemar Henríquez Araya, ingeniero; Wilson Daniel Henríquez Gallegos, obrero; Julio Arturo Guerra Olivares, electricista; Ester Angélica Cabrera Hinojosa, cesante; Elizabeth Edelmira Escobar Mondaca, empleada; Patricia Angélica Quiroz Nilo, estudiante; Ricardo Rivera Silva, chofer; Ricardo Cristián Silva Soto, estudiante; Manuel Eduardo Valencia Cal-

derón, electromecánico, y José Joaquín Valenzuela Levi, estudiante, fueron ejecutados por agentes estatales en un operativo cuidadosamente planificado.

El proceso judicial respectivo vegeta hasta hoy en la Segunda Fiscalía Militar de Santiago.

Las madres, las esposas o los hijos de todos estos jóvenes se niegan a creer que la trágica muerte de sus seres queridos no tenga algún significado redentor. Por otra parte, muchas personas, especialmente jóvenes, al conocer esa terrible realidad, también se movilizan y exigen una respuesta de la justicia. Por eso, casi sin propaganda previa, se repletó el Teatro Cariola.

Este último hecho constituye una realidad con un profundo sentido ético, que posiblemente los pragmáticos y los que controlan los medios de comunicación masivo no comprenderán jamás. Esa extraña verdad

es que más allá del silenciamiento de la crueldad e, igualmente, más allá del poder expansivo de las pantallas televisivas, siempre existirá una extraña forma de comunicación de las grandes verdades morales y de las fuerzas del espíritu que rechazan la maldad.

Esa expresión de una profunda ética colectiva, que obliga a la denuncia y al recuerdo, no es una forma inoportuna de escarbar en el pasado doloroso. Es, simplemente, procurar interpretar un sentimiento enormemente masivo, para el cual el silencio es un escándalo y, en cambio, la voz que se alza contribuye a dar un sentido redentor al sacrificio de los suyos, que son también los nuestros. Porque, hay que decirlo con fuerza: no es cierto que en Chile tengamos hoy democracia sólo porque hubo "transición pactada"; en parte importante, esa "transición" es fruto de la muerte y del dolor de muchos.

Recordar a esos últimos, entre ellos los muertos en la Operación Albania, constituye un imperativo ético ineludible.

Andrés Aylwin Azócar es diputado de la Democracia Cristiana por San Bernardo.